

La sociedad de la información: una mirada desde las necesidades de la periferia

Damián Miguel LORETTI

La humanidad en su conjunto –y América Latina como parte de ella, aunque de modo más inadvertido que en otros sitios– se acerca al fin del milenio montada en una ola de irreflexivo afán de progreso, supuestamente inocuo, y que en realidad dista mucho de tener esta característica.

Y este acercamiento –lamentablemente– respeta las tradicionales diferencias que existen desde siempre al tratarse la cuestión del desarrollo de la humanidad. Las brechas entre quienes tienen y quienes no tienen.

En el ámbito de América Latina y otras regiones del llamado Tercer Mundo, este tener y no tener a veces estuvo y está vinculado a los regímenes políticos vigentes y al respeto de los derechos humanos por parte de gobiernos de facto o autoritarios.

En los 90, pasada la mitad del decenio, se empiezan a perfilar –abrupta e impiadosamente– las consecuencias de una globalización desbalanceada, y los medios de comunicación no están ajenos a esta situación.

Por ello mismo es crucial que se actúe en consecuencia y en forma integral y no por compartimentos regionales a la hora de atender las disyuntivas de la “sociedad de la información”.

La globalización no acepta respuestas parciales. El reto es visualizar las tendencias que se avecinan para todos sus integrantes, demostrando compromiso desde y hacia los más desprotegidos. Por una razón: no existe otra forma de comprender los intereses del conjunto que desde quienes tienen más necesidades. De lo contrario, se tratará de una discusión entre saciados y opíparos.

En la parte del mundo en la que las cosas no se deciden, sino que se acatan, las exclusiones no se dan entre clases sociales sino por países enteros. De nada vale imaginar en el seno de la academia de los organismos internacionales cómo se pueden afrontar los desafíos que esta “sociedad de la información” plantea, si antes no se reflexiona sobre las consecuencias de su diseño para el conjunto.

Donde un módem vale lo mismo que un salario básico mensual y la red telefónica es una ilusión (como también los servicios sanitarios), ¿cuál es la incidencia de un análisis sobre la demanda de video hogareño?

Allí la autopista informática tendrá la misma función que un aeropuerto internacional. Servirá para el tránsito de los privilegiados que hablan otros idiomas y forzará a disponer de fondos públicos para mejorar su infraestructura. Por ello, los análisis y tratamientos universitarios no pueden estar al margen de estas realidades, circunscribiendo el ámbito de sus discusiones a Europa Occidental y los países del norte del continente.

De ningún modo puede focalizar su análisis en la incertidumbre que hay sobre los efectos de la autopista en los Estados Unidos, donde –sin perjuicio de sus propios conflictos– la disponibilidad telefónica es poco menos que absoluta; o en las condiciones de Europa, donde ya el Consejo de la Unión hace oír su voz frente al impacto de los contenidos de los paquetes de información que se volcarán en el Viejo Continente, mientras el resto del mundo asiste absorto a tales lucubraciones académicas.

Es crucial que las universidades de la América Latina hablen en nombre de la orfandad informativa que sufrirán los países del Tercer Mundo si la discusión sobre el diseño de la “sociedad de la información” se ciñe al derecho de los usuarios europeos.

Y esto no es una discusión estéril. Es la reivindicación de seguir perteneciendo al mundo en condiciones dignas y nos corresponde extender nuestras preocupaciones a este nuevo y fundamental desafío que se nos presenta.

De lo contrario, la defensa de los medios democráticos estará presente en menos de una quinta parte de la sociedad, y no precisamente en la más afectada por la falta de libertades.

De nada sirve declamar sobre la sociedad de la información si las redes telefónicas no existen en sentido virtual, o cuando las redes de datos no existen, pero en sentido literal.

Se debe advertir públicamente –cuando se analiza la “sociedad de la información”– que sólo un tercio de la población tiene teléfono, y que sólo un tres por ciento tiene acceso a la televisión por cable.

Por ello, la realidad de los países periféricos obliga a conectarse (de tener la suerte) con las redes de datos de los países centrales a costo y tráfico internacional, tornando imposible toda búsqueda que se pretenda.

De tal modo, dos tercios de los periodistas del mundo asisten a la discusión del impacto de realidades que no están en condiciones de conocer a ciencia cierta.

ALGUNAS TOMAS DE POSICIÓN

Desde las políticas neoconservadoras, las comunicaciones no pasan de ser un objetivo de negocios rentables. Desde los estados centrales se las visualiza como un enorme desafío que obliga a no desproteger a los nacionales frente a la desaparición de las fronteras a la hora del consumo de bienes y servicios. Desde la periferia, el reto es que se pueda acceder como si se estuviera en el centro.

Por ello es que no se debe resignar la discusión desde su título. No se trata de la "sociedad de la información" en la que se estudian los derechos de los consumidores. *Se trata del "mundo de la información" donde miles de millones de personas pueden quedar "desconectados"*.

Mientras en Europa Occidental se fijan cuotas de protección de pantalla, América Latina es uno de los principales compradores de señales satelitales de películas extranjeras, y en Asia la propiedad de los medios de comunicación está en manos de los mismos "barones" de la comunicación del mundo desarrollado.

Por primera vez en la historia, la globalización debe estar al servicio de la equidad y no meramente de la generación de riqueza. Si bien ésta debe permitir mejorar los costos de la producción nacional debe, fundamentalmente, aportar al lanzamiento de informaciones desde los países periféricos, para el engrandecimiento de la actividad y las defensas de sus espacios audiovisuales.

De lo contrario, sólo servirá para la recepción desde los centros de poder económico y para que accedan a una información vital para sus negocios los pocos que tienen las herramientas para disfrutar sus ventajas comparativas, desprendiéndose de su realidad circundante.

El objetivo debe ser el fortalecimiento de la libertad de información, el crecimiento de la actividad periodística y la mayor consolidación de la participación en la democracia. Es menester señalar, y con contundencia, que la ilusión del progreso acrítico que transita por la "superautopista de la información" puede transformarla en un muro insalvable que

dividirá al mundo entre quienes puedan acceder a ella y los que no.

Por ello, se propone la adopción de los siguientes objetivos como metas que deben ser reclamadas:

- Redes de telecomunicaciones mucho más universales en infraestructura y costos de acceso. De otro modo, la brecha continuará creciendo.
- Posibilidad de conexiones a redes de datos y cadenas informativas universalizadas a cargo de empresas públicas y considerar tales enlaces como servicios públicos subsidiados. La exclusiva explotación por compañías privadas que cobran las conexiones desplazan la posibilidad de universalizar el servicio.
- Reclamar el levantamiento de disposiciones regulatorias que –para beneficiar a prestadoras privadas monopólicas– ordenan o permiten que las conexiones se realicen a costo y velocidad de tráfico telefónico y no de datos. De esta forma los costos se multiplican exponencialmente.
- Incorporación de información de interés general de parte de cada individuo en redes abiertas al público. En los países del Tercer Mundo es impracticable puesto que el “acceso a la información” se traduce en la posibilidad de revisar “paquetes de información” sin capacidad de introducir información en ninguno de ellos.
- Reclamar el derecho de los periodistas de “publicar” en una red abierta sus notas; auspiciar la celebración de tratados internacionales especificando condiciones de libre acceso a las señales internacionales que tengan contenidos de interés general. El libre acceso no necesariamente significa gratuidad sino desaparición de cláusulas monopólicas de prestación y/o de exclusividades de acceso.
- Reclamar la creación de cadenas públicas de información por servicio de datos interconectadas internacionalmente, para contemplar una “multimedia pública” que complete los servicios de radiodifusión o de información existentes en la actualidad.
- Reclamar la universalidad del acceso a las telecomunicaciones a valores equitativos. De otro modo, nunca se podrá garantizar el acceso de los pobres a la información.
- Solicitar a Intelsat la reserva de segmentos satelitales por los signatarios, para su utilización libre de cargo por entidades sin fines de lucro que trabajen en la

concreción de la libertad de información (por ejemplo:
Programas de Seguridad de FIP, IFEX, etc.).

Hoy el desafío es que la tecnología se ponga a disposición de los pueblos y no a la inversa. Si la revolución industrial fue concebida, practicada y aprovechada por los dueños de las manufactureras, no se debe admitir que la revolución de las comunicaciones y la información esté sólo concebida para favorecer a los poderosos en perjuicio de quienes han de quedar sumidos en una nueva forma de analfabetismo.